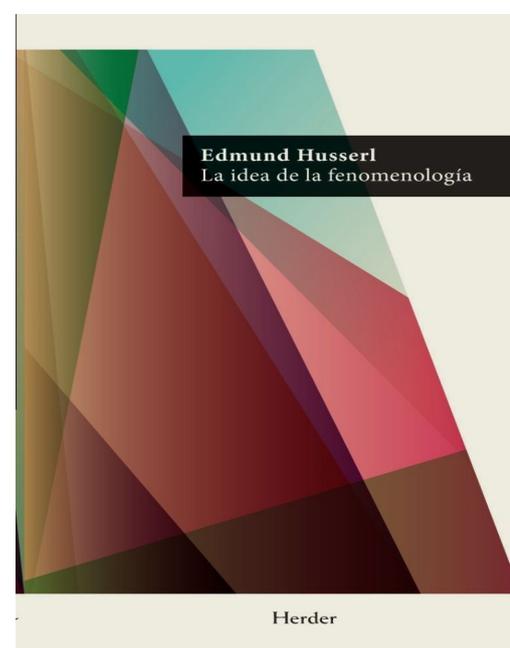


En el año 1906, un profesor en aquel momento poco conocido dictó en Göttingen, ante doce alumnos, cinco lecciones que resultarían ser la primera exposición pública que Edmund Husserl realizó de su nueva teoría filosófica, la fenomenología. En *La idea de la fenomenología*, editada por Herder, se incluye esta primera muestra de la fenomenología. Asimismo, se incluye una extensa introducción que muestra los principales problemas filosóficos a los que Husserl se enfrenta en sus lecciones, así como los avances y desarrollos que llevará a cabo a lo largo de su vida. Por otra parte, se presentan también tres suplementos que pretenden sintetizar las conclusiones obtenidas a lo largo de las cinco lecciones, así como un apéndice crítico, una serie de notas aclaratorias y un glosario terminológico.

En un primer momento, Edmund Husserl comprende que no existe un método firme y seguro, compartido por todos los pensadores, gracias al cual la filosofía pueda llevar a cabo sus reflexiones. Ante esta falta de fundamento, se pregunta a través de qué procedimiento debe realizarse el pensamiento filosófico, y si éste podría, tal vez, consumarse mediante el pensamiento natural que llevan a cabo las distintas ciencias empíricas. Para el autor, el pensamiento natural se caracteriza por su despreocupación ante las numerosas dificultades que afectan a la posibilidad del conocimiento, mientras que precisamente estos problemas resultan ser la tarea primera y fundamental del pensar filosófico. Ante la pregunta *¿cómo puede el conocimiento estar seguro de adecuarse a las cosas que existen por sí?*, el pensamiento natural aportaría, ciertamente, una serie de atractivas teorías que, sin embargo, siendo llevadas hasta sus últimas consecuencias, terminarían irrevocablemente en una contradicción. Y, frente estos contrasentidos, sería fácil caer en una actitud de escepticismo frente a la posibilidad del conocimiento.

Ante esta derrota manifiesta del pensador natural, Edmund Husserl contrapone la finalidad de la teoría del conocimiento, sobre la cual se erguirá toda la filosofía. La teoría del conocimiento debe resolver estas dificultades

EDMUND HUSSERL, *La idea de la fenomenología*, traducción de Jesús Adrián Escudero, Herder Editorial, Madrid, 2012, 176 pp. ISBN 978-84-254-2837-1 (Die Idee der Phänomenologie. Fünf Vorlesungen, 1973).



Palabras clave:
fenomenología
método
tema
cogitatio
Husserl.



que surgen en la reflexión sobre la relación entre el conocimiento y el objeto conocido. La teoría del conocimiento debe aportar la comprensión última y clara de la esencia del conocimiento, al mismo tiempo que expone adecuadamente la realidad del objeto sobre el que el conocimiento actúa.

Pero surge aquí una cuestión que Edmund Husserl explicita en su segunda lección impartida: *¿cómo puede comenzar la teoría del conocimiento, si todo conocimiento que tome como punto de partida estará también en cuestión?*

El hecho de poner en cuestión algo no significa, de ningún modo, negarlo o declararlo carente de sentido. Si todo conocimiento ha sido puesto en duda, la teoría del conocimiento sólo podrá realizarse si encuentra una serie de conocimientos indudables, claros y seguros; conocimientos que se refieran a su propia posibilidad de ser conocimiento. La teoría del conocimiento debe disponer, por tanto, de aquellos conocimientos que alcancen, siempre y de forma plena, a sus objetos. El problema consiste ahora en encontrar esa esfera de conocimientos indudables que darán un punto de partida a la reflexión en torno al conocimiento.

Edmund Husserl, apoyándose directamente sobre Descartes, cree encontrar esta raíz en la meditación acerca de la duda: ninguna persona, mientras está experimentando una vivencia, puede dudar de que está experimentándola. Utilizando la lengua cartesiana, se diría que la existencia de la cogitatio no puede ser objeto de la duda mientras se la está viviendo. Se encuentra, por fin, el claro de las cogitationes entre la oscuridad de la duda, y se puede empezar ya, sobre un suelo firme, la teoría del conocimiento.

Podría preguntarse, no obstante, por qué algunos conocimientos pueden someterse a una duda y, sin embargo, no pueden serlo las cogitationes. Edmund Husserl considera que la forma más rápida de responder sería echando mano de dos conceptos: la inmanencia y la trascendencia. El hecho de que las cogitationes no puedan ponerse en duda es debido a que su conocimiento es

“Ante la pregunta ¿cómo puede el conocimiento estar seguro de adecuarse a las cosas que existen por sí?, el pensamiento natural aportaría, ciertamente, una serie de atractivas teorías que, sin embargo, siendo llevadas hasta sus últimas consecuencias, terminarían irrevocablemente en una contradicción.”

intuitivo e inmanente, mientras que el resto de conocimientos son trascendentes. El conocimiento de la cogitatio es inmanente porque la cuestión sobre cómo puede el conocimiento ir más allá de sí mismo resulta ser carente de sentido para ellas, puesto que esta cuestión sólo se puede aplicar a los conocimientos trascendentes.

Cuando se reflexiona por primera vez sobre la inmanencia, siempre se la entiende como una inmanencia ingrediente, es decir, como el acto de la percepción, la vivencia que se tiene de una experiencia. Se entiende la inmanencia como dentro de mí, como una parte de mi consciencia. Por su parte, la trascendencia es todo aquello que se encuentra fuera de mi consciencia, aquello que no me pertenece y que es por sí mismo, independiente de mí. En esta primera reflexión todavía no se ha comprendido que existe una distinción entre la inmanencia ingrediente y aquella otra inmanencia en el sentido del darse de la cosa que se constituye en la experiencia. En la primera aproximación a la inmanencia, el pensador únicamente comprende la inmanencia como ingrediente.

Ahora queda claro, como señala Husserl, que, bajo ningún concepto, puede emplearse lo trascendente en el análisis del conocimiento, puesto que los datos que nos ofrece no son seguros ante la duda. El pensador filosófico, que aún no comprende las dos inmanencias, puede utilizar perfectamente la inmanencia ingrediente en la crítica del conocimiento, pero debe eliminar de ella todo vestigio de una posición trascendente. La exclusión de los elementos trascendentes se lleva a cabo mediante la reducción fenomenológica, que les otorga a estos conocimientos el índice cero, lo que equivale a decir que su existencia y su validez no deben ser tomadas como tales, sino únicamente como fenómenos de validez. Y, como las ciencias objetivas del pensamiento natural trabajan con objetos trascendentes, el pensador filosófico sólo puede utilizarlas como fenómenos, pero no como un sistema de verdades del cual se pueda extraer algún dato con el que se pueda iniciar la crítica del conocimiento.

“El hecho de que las cogitaciones no puedan ponerse en duda es debido a que su conocimiento es intuitivo e inmanente, mientras que el resto de conocimientos son trascendentes.”

El hecho de que sea necesario aplicar la reducción fenomenológica a todo conocimiento, implica que también debe someter la cogitatio cartesiana a su índice cero, como expone Edmund Husserl en su tercera lección. Eliminar todo elemento trascendente de la cogitatio significaría excluir todo elemento psicológico del fenómeno. El hombre que vive en el tiempo, que experimenta, no puede ser de ningún modo un dato absoluto. Si se quiere obtener un punto seguro para iniciar la teoría del conocimiento, y hemos encontrado este origen en las cogitaciones, se debe eliminar el sujeto que percibe y que experimenta. La cuestión fundamental no es ya *¿cómo puedo yo alcanzar un ser en sí fuera de mí?*, sino *¿cómo puede el fenómeno puro del conocimiento alcanzar un elemento no inmanente?*

Ahora bien, aunque se han alcanzado los fenómenos intuitivos, parece que las intenciones aclaratorias de Husserl no están del todo resueltas. Da la sensación de que la esfera en la que se encuentra, la de los fenómenos puros, no satisface las intenciones del filósofo. Si el pensador se quedase en el plano de los meros fenómenos, no podría realizar operaciones con ellos, y nunca alcanzaría un conocimiento universal. Necesita, por tanto, algo que le suministre objetos universales inteligibles, esencias, puesto que lo que busca es precisamente la esencia del conocimiento. Y esta tarea la cumple la abstracción ideativa, que eleva a la conciencia de lo universal los objetos de las cogitaciones.

Pero esto nos lleva a la cuarta lección, donde Edmund Husserl demuestra que la inmanencia ingrediente es sólo un caso más de otro concepto mucho más amplio, el de la inmanencia en general. Con todo lo que se ha obtenido en esta reflexión, ya no es algo obvio que sean lo mismo lo absolutamente dado y lo inmanente en sentido ingrediente. Cuando conozco algo universal, es siempre un instante en mi conciencia, un momento y, por tanto, es algo singular. Pero ese mismo universal que conozco, precisamente por ser universal, no es, en absoluto, algo singular y, de este modo, tiene que ser trascendente, en el sentido de que no es algo ingrediente. Ahora bien, si

se ha comprendido esto, la reducción fenomenológica no puede ser ya únicamente la exclusión de los elementos trascendentes como no-ingredientes, sino algo más profundo: la reducción fenomenológica es ahora la eliminación de los elementos trascendentes como algo que existe y que se debe admitir, es decir, la exclusión de todo aquello que no es un dato evidente del puro captar.

Edmund Husserl señala que la investigación sobre el conocimiento ha de mantenerse en todo momento en el puro ver, pero no por ello debe conformarse con lo inmanente ingrediente, con la vivencia. El análisis llevado a cabo es de esencias, y se mueve en la esfera de la evidencia pura. Es un campo de conocimientos absolutos, donde se excluye el yo, los elementos que conforman el mundo y todos los objetos de los que se encargan tantas ciencias objetivas como haya. El fundamento de la investigación es la aprehensión del sentido de una evidencia que es absolutamente intuitiva, que capta su objeto en sí mismo.

Si se quiere ser absolutamente claro, Edmund Husserl cree, habiendo llegado a esta oscura profundidad, necesaria preguntar por la dimensión del ámbito de lo que está dado en sí mismo. *¿Acaso este darse en sí mismo se encuentra limitado por el darse de la cogitatio y de la abstracción ideativa?* Parece que la actividad del filósofo se limita a captar lo inmanente como ingrediente a las cogitaciones, y que sólo debe esclarecer las relaciones que surgen de esta esencia. Reflexiona, mira a los actos puros, mantiene lo ingrediente de ellos aplicando la reducción fenomenológica, esto es, eliminando todo lo trascendente que encontremos, y después tan sólo tiene que elevar lo intuido a la categoría de lo universal. Por supuesto, las cosas no resultan ser tan sencillas.

Edmund Husserl, al acercarse más y observar cómo, dentro de la vivencia, y una vez aplicada la reducción fenomenológica, se contraponen el fenómeno y lo que aparece en él, y cómo se oponen en la esfera del dato puro, de la inmanencia en más amplio sentido, queda paralizado. En este momento, Husserl pretende salir del

paso pensando en un sonido. Este sonido concreto tiene una duración, que da la unidad del sonido y su distensión en el tiempo, con su antes y su ahora. Por otra parte, obtiene el fenómeno de la duración del sonido, la experiencia del mismo, que también tiene su antes y su ahora. Pero si se coge un momento cualquiera del fenómeno del sonido, no sólo es objeto el ahora del sonido, sino que este ahora es únicamente un punto en una duración. Esto aclara aún más que se dispone de dos datos absolutos: la percepción del sonido y el sonido mismo, el dato del fenómeno y el dato del objeto, que no puede ser inmanente en el sentido de ingrediente. Todos los “ahora” que se suceden en la duración del sonido continúan siendo objeto, pero no están como ingrediente en el ahora del fenómeno, de la vivencia; no están presentes.

En la última lección de este curso, Edmund Husserl se mofa de que, en un principio, parecía que simplemente con mirar ya se captaban todos los datos y las relaciones que existían entre ellos. Ahora resulta simplemente un sinsentido el decir que se trata con cosas que existen y que sólo necesitan ser vistas, puesto que se ha comprendido que ese existir es una serie de experiencias y vivencias determinadas por una estructura concreta. Existe la fantasía, la percepción y el recuerdo, y en estas vivencias las cosas no están como recogidas dentro de una bolsa, sino que precisamente en estas vivencias se forman esas cosas. Esas cosas son como se representan en el fenómeno, y sólo en el fenómeno pueden ser. La correlación entre fenómeno de conocimiento y el objeto de conocimiento es admirable y presente siempre en todas las circunstancias.

La tarea del filósofo, para Husserl, no es simplemente un mirar, como si su mayor ambición fuese abrir los ojos. Es necesario, pero no suficiente. El más ambicioso y capital objetivo es perseguir, en ese mirar puro, todas las formas del darse y todas las posibles correlaciones, y se debe ejercer sobre todas ellas un análisis esclarecedor. El filósofo se encarga siempre del fenómeno, tanto cuando es un aparecerse, un exhibirse, como cuando es el ob-

“Edmund Husserl señala que la investigación sobre el conocimiento ha de mantenerse en todo momento en el puro ver, pero no por ello debe conformarse con lo inmanente ingrediente, con la vivencia.”

jeto que aparece. Siempre que se hable de investigación del conocimiento se estará hablando de investigación de esencias. Y con esta investigación se sacará a la luz, genéricamente, la esencia del conocimiento del objeto y del objeto de conocimiento. Sólo así se podrá comprender cómo alcanza el conocimiento al objeto trascendente, y se podrá aclarar y realizar una crítica de todas las ciencias. El método necesario para la reflexión filosófica es el fenomenológico, el método del análisis de las esencias moviéndonos en el plano de la evidencia inmediata.

Pablo Bernardo Sánchez Gómez

“La tarea del filósofo, para Husserl, no es simplemente un mirar, como si su mayor ambición fuese abrir los ojos. Es necesario, pero no suficiente. El más ambicioso y capital objetivo es perseguir, en ese mirar puro, todas las formas del darse y todas las posibles correlaciones, y se debe ejercer sobre todas ellas un análisis esclarecedor. El filósofo se encarga siempre del fenómeno, tanto cuando es un aparecerse, un exhibirse, como cuando es el objeto que aparece.”